

SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN

textos y documentos

Número 273

Valencia, 1 de Noviembre de 1937

María Carbonell, 2

ZUGAZAGOITIA CONTRA EL "DUCE" SI EL COMITE DE LONDRES FUE- SE UN JURADO...

Sin habérselo propuesto, Zugazagoitia y Mussolini acaban de colaborar, por supuesto, a distancia —a mucha distancia—, al ofrecer al mundo un contraste elocuente entre el anverso y el reverso del conflicto español. El ministro de la Gobernación, como todos sabemos, habló por la radio desde Madrid; el "duce" no sabemos desde dónde: sólo se nos han comunicado citas y comentarios del discurso que pronunció con motivo del décimo-quinto aniversario de la marcha sobre Roma.

Mussolini peroró como dictador totalitario e insaciable conquistador, que dispone de un numeroso ejército, bien equipado y fogueado antes de estallar lo que en un principio fué guerra civil española. El ministro de la Gobernación habló como representante de un régimen democrático, que aun no acaba de organizar ni de equipar las fuerzas indispensables para rechazar a los ejércitos invasores. Zugazagoitia ha tenido que hacer el sacrificio de su modestia, de su habitual suavidad, para poner en su palabra, sin regateo ninguno, todo el caudal de energía y de autoridad que reclamaba su misión.

Mussolini no ha tenido empacho en sacrificar todos los resacas que debe a otras naciones, para sostener lo que a él más le interesa: el tono que le apuntó su violenta megalomanía. Si el Comité de No Intervención fuese un Jurado tan libre y tan bien intencionado como la opinión pública de los países democráticos en el representados, esos dos discursos, esas dos actitudes, ese contraste que tanto honra a España, podrían servir de elementos de juicio.

La voz de Zugazagoitia es la de una democracia asaltada por el militarismo, abandonada por los Gobiernos democráticos de Europa, invadida por ejércitos adiestrados para ahogar la voluntad popular, y, sin embargo, pujante y animosa, creciéndose al castigo, dispuesta a todo sacrificio para defender sus derechos, al mismo tiempo que los ideales humanos que dicen sostener las potencias democráticas que tan impasiblemente ven cómo se desangra. Hace poco más de un año, no tenía más que una obsesión: la de convertir masas amorfas de pacíficos trabajadores en un Ejército popular que contuviese el rápido avance de los militares profesionales. El caos social, político, económico, ocasionado por la defección de éstos, quedó, por entonces, relegado a segundo término. Sólo cuando ya se habían improvisado suficientes fuerzas para dete-

ner al enemigo allende las trincheras y para imponer el orden en la retaguardia, se inició el retorno a la normalidad, que, poco a poco, se ha ido conquistando. Hoy el ministro de la Gobernación puede ya declarar públicamente que "han caducado las licencias para la conducta arbitraria". Hoy la República puede atender a necesidades que no urgían tanto como la de formar un ejército, como quiera que fuese, y la de restablecer el imperio de la ley en la retaguardia. Hoy se puede ya aspirar al perfeccionamiento de la disciplina en el trabajo, a fin de aumentar y abaratar la producción. Y todo eso se ha hecho mientras que, ante la indiferencia de las potencias democráticas, los invasores seguían enviando fuerzas y armas y municiones en contra de la República, oponiendo toda suerte de dificultades al Gobierno, sobre todo en las comunicaciones con el Norte; mientras se perdían las Provincias Vascongadas, Santander, Asturias, sin que las naciones pacifistas diesen un paso eficaz para rectificar los errores de la falsa no intervención.

Como hemos dicho ya otra vez, cuando la República hizo,

en tales condiciones, por volver a la normalidad, constituye un regalo al mundo civilizado, que todavía no demuestra merecerlo. Hoy podemos agregar, con no menos razón, que cuanto ha perdido la España republicana es pérdida de la democracia mundial y ganancia de sus enemigos. Sin embargo, aún hoy la República española, por boca de Zugazagoitia, cara al fascismo, que pretende arrebatarle su independencia, y cara al resto del mundo, que ve con los brazos cruzados tan monstruoso atropello, tiene gallardía suficiente para decir: "Se nos hace una guerra descarada y brutal, y nosotros haremos una paz duradera y laboriosa."

Mussolini, en cambio, sostiene descaradamente lo contrario de lo que promete en el Comité de Londres su digno representante; desprecia cuanto no favorezca las ambiciones de los regímenes totalitarios; sigue disfrazando sus apetitos insaciables con el antifaz del odio a un bolchevismo que ya no existe más que en sus labios, porque ni él mismo cree en semejante mito; insiste en querer ser árbitro de los destinos de España, como si se tratase de una colonia del fascismo; continúa burlándose públicamente de quienes creen en su buena fe y en su propósito de retirar tropas de España.

Si el Comité de No Intervención fuese un Jurado internacional, no podría menos que conceder un inmenso valor a ese contraste que ofrecen los discursos pronunciados hace dos días por el dictador romano y el demócrata vizcaíno, respectivamente. Mas como no se trata de un Jurado, sino de un arbitrio para buscar quién sabe qué fines, mientras se desenvuelven otras actividades menos visibles, no es de allí de donde debemos esperar el fallo. Los agentes que dirigen esos movimientos más profundos serán probablemente quienes aprovechen la elocuente comparación que aquellas piezas oratorias establecen entre la cordura de la España republicana y la insensatez de la Italia totalitaria. Y no creemos que nos perjudique el juicio que de tal comparación resulte. A juzgar por lo que dice la Prensa de Francia y de Inglaterra, la impresión que ha causado, por sí sólo, el último desahogo del duce ha sido tal, que, de guiarse, exclusivamente por ella, las potencias pacifistas desearían toda idea de mandar Comisiones a España, y mandarían una, en cambio, a Roma con la plausible misión de ponerle una camisa de fuerza a Mussolini.

(«Deutsche Volkszeitung», 24-X-37.)

(«El Socialista», 30-X-937.)

Los propietarios de los castillos, condenan de hambre a los obreros

¿Quién lleva en Alemania una vida desahogada?

El doctor Ley, en un discurso que pronunció en Sontra de Kurhessen, dijo: "En una nación donde, por cada kilómetro cuadrado hay doscientos treinta y siete habitantes, no es posible dar a ninguno una vida cómoda. Tenemos que trabajar mucho, y lo haremos."

El doctor Goebbels, en un discurso pronunciado en conmemoración de Horst Wessel, en Berlín, dirigiéndose a la S. A., declaró:

"Así deseamos nosotros que sea el S. A. También él ha de aprender a despreciar la vida cómoda."

Dos discursos con el mismo significado. ¿A quién se lo dicen?

No será a ellos mismos, ya que Goebbels vive en la isla de los millonarios, Schwanenwerder, en un castillo de lujo, y el otro, Ley, organiza en su villa de Grunewald, comilonas y borracheras de las que habla todo Berlín. Idénticos hermanos, idénticas capas, idénticos discursos.

¿Quién lleva en Alemania una vida desahogada? ¿Los obreros, los trabajadores? Una vida feliz, una vida en la que el trabajo encuentre su premio es lo único que exigen todos los que trabajan.

¿Cuántos de los veinte mil militantes del S. A., que hayan escuchado esas palabras habrán pensado, seguramente, en sus propias esperanzas y aspiraciones? Y habrán contestado en silencio con esta frase: "Si nos hubieran dado, al menos, de comer, ya habríamos olvidado este engaño."

(«Deutsche Volkszeitung», 24-X-937.)

Alemania observa los disturbios marroquíes

La partida que se juega actualmente en el tablero internacional no impide a Alemania dirigir su atención ante ciertas dificultades francesas. Tampoco han pasado inadvertidos a la prensa alemana los recientes disturbios ocurridos en Marruecos. La prueba de ello la hallamos en un largo artículo publicado estos últimos días por un órgano íntimamente relacionado con la Wilhelmstrasse: el «Berliner Börsen-Zeitung». Este periódico comprueba que existe «una peligrosa fermentación en el imperio jerifiano» y que desde hace un año, «el levantamiento contra los franceses se ha extendido a numerosas capas de la población». Dícese que Marruecos debe mucho a la administración francesa. ¡Bah! Todo lo más, un revoco de fachada que oculta mal «un fondo turbio».

En realidad, según el «Berliner Börsen-Zeitung», «fuera del equipo material, los franceses no han dado gran cosa a Marruecos», y la situación del país es desastrosa, tanto desde el punto de vista económico y financiero como desde el punto de vista político. «Entre los indígenas, la miseria llega al colmo... Así, gritan a los franceses: «¡No sabéis más que matarnos de hambre! ¡Marchaos!»

Todo esto —añade el periódico alemán—, favorece el desarrollo del movimiento nacionalista, y los árabes y los bereberes que tienen alguna instrucción, «están dispuestos, mejor hoy que mañana, a organizar una matanza de franceses».

(«L'Ordre», 21-X-937.)

LA GLORIA DEL DUCE

Mussolini comienza a darse cuenta de que el precio de su «Imperio» de nueva marca, es muy elevado.

Pero pensar que esto le va a preocupar poco ni mucho, sería desconocer la naturaleza del fascismo italiano.

El duce conquistó Abisinia para «gloria» y prestigio de Italia como gran potencia, para lograr una situación estratégica y para tener un ejército de color. Los beneficios económicos fueron una esperanza secundaria. Las pérdidas económicas se soportarán sin queja, por la «grandeza nacional».

Lo mismo puede decirse con respecto a España. Mussolini lucha allí, en primer lugar, para tener un Gobierno español que sea su aliado militar.

Tal ocurre también con el nuevo plan de aumento de la población italiana. Es un disparate, desde el punto de vista económico, y si Mussolini se preocupase primero de la prosperidad de Italia, no lo hubiera elaborado. Pero lo que le interesa principalmente es la potencia hombre.

Si fuese el bienestar material de su pueblo lo que Mussolini quisiera que progresase, sería mucho más fácil llegar con él a una negociación satisfactoria.

El peligro que supone el duce para el mundo estriba en que prefiere los fusiles a la mantequilla, y no a regañadientes, forzado por las circunstancias, sino de una manera espontánea, considerándose feliz con verdadero éxtasis.

(«Daily Herald», 20-X-937.)

La siniestra amenaza que pesa sobre Inglaterra y Francia

Los dictadores buscan en España los medios para aniquilar a las dos grandes democracias

Una siniestra amenaza —dice el «Sud-Ouest», de Bayona— se cierne sobre el viejo continente europeo; pero principalmente sobre Francia e Inglaterra.

Esta mortal amenaza, pesa desde el día en que Mussolini, en un discurso, retó al mundo con su «bosque de bayonetas». Este reto iba, en primer lugar, dirigido a una Inglaterra desarmada y una Francia que seguía al pie de la letra cuantas instrucciones y sugerencias emanaban de aquella.

Quizá, al principio, cuando Mussolini se dispuso a invadir a sangre y fuego a Abisinia, pisoteando los tratados internacionales, la amenaza carecía de consistencia; pero cuando la salvaje invasión fué un hecho, cuando su instigador remilitarizó Renania y cuando un militar traidor —Franco— entregó pedazos de España a los dictadores de Alemania e Italia, la amenaza fué tomando cuerpo hasta que llegó a ser una realidad; la siniestra realidad de hoy.

No nos engañemos. Alemania e Italia no pueden ir a un desquite contra sus odiados enemigos franceses e ingleses sin dominar a España. Ambos dictadores han demostrado que ese desquite es su ambición única y que para lograrlo han acumulado al otro lado del Pirineo grandes cantidades de material bélico moderno.

«Necesitamos España» —dijo Hitler

España en poder de Hitler y de Mussolini, con sus piratas de cobre, con el mercurio de Almadén, el hierro de Vizcaya, el carbón de Asturias, el plomo, del cual se extrae hasta un nueve por ciento de plata; el estaño, los productos agrícolas, etc., etc., representaría, teniendo además en cuenta su situación estratégica en caso de guerra, la ruina de Francia e Inglaterra. Claramente declaró Hitler en un discurso, que «necesitaba España». Mussolini, con sus ejércitos de invasión, está demostrando con claridad meridiana que él también necesita un buen trozo de esa riquísima nación.

Con Abisinia, tendrán petróleo; con la remilitarización de Renania, cuenta Hitler con una base formidable, y con el Marruecos español, obtendrán excelentes materias primas, que es de lo que tratan de proveer para atacar a sus odiadas Francia e Inglaterra.

A esto hay que añadir el material bélico que acumulan —aéreo, marítimo y terrestre— ambos países.

Además, los químicos alemanes llevan dos años de intenso trabajo y han conseguido extraer del lignito y la hulla la mayoría del combustible líquido que hasta ahora tuvo que importar Alemania.

Precisamente la carencia de este combustible precipitó su derrota en la gran guerra.

Alemania acumula trigo

En Alemania no se come pan fresco, siendo severísimamente castigado todo aquel que contravenga esta disposición. Además, el pan que se fabrica dista mucho, en pureza, del que es corriente en otros países. En cambio, hay un stock de harina que se guarda para caso de guerra.

No se engañen, pues, Inglaterra y Francia.

Si los cuerpos de ejército italo-alemanes consiguieran imponerse en España, ello representaría el aniquilamiento del Imperio británico y de la República francesa.

Claros como la luz del día son las intenciones de Hitler y Mussolini; apoyarse en España para desencadenar una guerra definitiva

contra las dos naciones que son la pesadilla de ambos dictadores.

Primero, ellas; Rusia después.

Lo que opina un político francés

No hace muchas horas —agrega el autor de este artículo— oí de labios de un político francés las siguientes palabras: «Sería muy fácil establecer la paz definitiva en Europa, lanzándonos, si preciso fuera, a una guerra que pudiera desarrollarse atacando Francia y Checoslovaquia a Italia; el Gobierno legítimo de España, a Franco y a sus aliados; Inglaterra y Rusia, a Alemania, y Rusia y los Estados Unidos al Japón».

Los rusos con su fantasma zéreo, han de ser la clave salvadora de Europa».

A los Gobiernos de Francia e Inglaterra

Me dirijo —añade el articulista— a los Gobiernos de Inglaterra y Francia.

—Señores gobernantes: ¿Ser o no ser?

—¿Desean la Paz?

El Gobierno a Barcelona

Una nota sobre el traslado

«El Gobierno ha decidido fijar su residencia en Barcelona. Esta medida es un acto de interés público, cuya gestación corresponde a una política que se desarrolla con arreglo a un plan de previsiones, no a una eventualidad inesperada. Se trata de una vieja idea, que data del Gobierno precedente, y que ha alcanzado su punto de sazón. La estancia en Valencia ha sido determinada por la necesidad de organizar el abastecimiento y el sistema estratégico de los frentes del Centro y del Este. En la medida que ha sido posible el pueblo valenciano ha colaborado con el Gobierno, prestándole a las iniciativas de éste el apoyo de su producción, de su economía y de su disciplina republicana. Que la acción del Poder público se ha dejado sentir benéficamente es un hecho fácilmente valorable en el orden militar, social y político. Pero conforme se conseguía la estabilización de los frentes y el ritmo normal de la vida ciudadana, los organismos del Estado iban ampliando su actividad, hasta el extremo de resultar angostas las posibilidades de Levante para acomodar todos los factores de una política de guerra.

Es innecesario decir que el traslado a Barcelona no implica que queden a beneficio de inventario ninguna de las prerrogativas de la autoridad ni la menor exigencia de la seguridad pública. Ambos principios dispondrán, para ser mantenidos rigidamente, de una representación prestigiosa del Poder. El Gobierno aparecen enlazadas al que la región levantina no atenuará el entusiasmo que le concede a la causa de la liberación nacional y que su ejemplo seguirá siendo aleccionador para las demás regiones.

Las circunstancias de orden económico y estratégico que reclaman desde el primer día del movimiento situar en Barcelona la sede del Gobierno aparecen enlazadas al prestigio de que goza la gran urbe en lo que pudiera llamarse vida del Mediterráneo. No se olvide que un —quizá el más importante— elemento de nuestra guerra es el equilibrio del mar a que asoma todo el litoral del territorio libre.

—Pues, aunque sea paradójico, ésta la obtendrán, precisamente, con la guerra.

—¿Es que no se han percatado ustedes, que si España, con su Gobierno legítimo, sucumbe, arrastrará en su caída, como consecuencia directa, a Francia e Inglaterra?

Tengan el rasgo gallardo que sus pueblos y el mundo civilizado esperan, por la independencia y el poderío de Francia; por la independencia y el poderío del Imperio británico; por la independencia de la España democrática, legítimamente constituida por la voluntad del pueblo.

¿Es que el instinto de conservación no les aconseja a ustedes en ese sentido?

¿Es que ignoran, acaso, la precisión que hacen fortificaciones, a muy pitación y hasta el entusiasmo con pocos kilómetros de Bayona, los enemigos encarnizados de ustedes?

¿Es que ignoran que estos días, precisamente, han emplazado piezas de gran alcance en el mismo corazón de la frontera francoespañola?

¿Es que ignoran que esta actitud irá abiertamente contra la independencia de Francia e Inglaterra?

El decreto disponiendo el traslado del Gobierno a Barcelona

La «Gaceta» del día 31 publicó el siguiente decreto:

«De acuerdo con el Consejo de Ministros y a propuesta de su Presidente, vengo en decretar:

Artículo primero. — Se fija temporalmente en Barcelona la residencia oficial del Gobierno de la República a partir de la publicación de este decreto en la «Gaceta».

Artículo segundo. — Se autoriza al Presidente del Consejo de Ministros para disponer el traslado de las diversas dependencias ministeriales, de acuerdo con los titulares respectivos, en la forma que se estime más conveniente para la debida atención de los servicios.

Dado en Valencia, a 30 de octubre de 1937. — Manuel Azaña. — El Presidente del Consejo de Ministros, Juan Negrín López.»

Este BOLETIN se reparte gratuitamente

En la costa catalana

Un avión faccioso hunde el buque británico «Jean-Weems»

¿En el que iban dos agentes del Control?

La Agrupación Norte de Defensa de Costas ha comunicado al Ministerio de Defensa Nacional lo siguiente:

«Un avión faccioso ha echado a pique al vapor inglés «Jean Weems», esta mañana, a las ocho y veinte, a dieciséis millas de la costa, arrojando sobre él quince bombas. Alrededor de las trece y treinta horas, llegaron los veintiséis naufragos del «Jean Weems» a Calella de Palafrugell (Gerona), a bordo de dos botes. Entre los naufragos figuran dos observadores al servicio del control de No Intervención, que en cumplimiento de su función iban en el «Jean Weems». Uno de ellos, de nacionalidad sueca, se llama Gustavo U. Ohenson, yendo provisto con carnet del control, número 520, y el otro es Arnold Kafif, de nacionalidad letona, con carnet del control número 501.

El barco, que pertenece a la matrícula Gibraltar, se dirigía de Marsella a Barcelona (según manifestaciones de su capitán de nacionalidad inglesa, como casi todos sus tripulantes), yendo cargado de trigo y leche condensada. Los naufragos se encuentran debidamente atendidos en un hotel de la playa de Llafranch.

Los agresores fascistas gritan: ¡Comunismo!

El «Philadelphia Record», publicó el siguiente editorial en su edición del día 11 de octubre:

«El Japón dice que nuestro Departamento de Estado no comprende».

Que China es el agresor, que el Japón lucha en defensa propia y también que combate al comunismo.

Si el Secretario de Estado, Hull, no comprende, ¿dónde está, y anuncia su «apoyo total» al Japón. El también está «combatiendo al comunismo».

Italia se une al Japón. Detrás de Italia está Alemania. Tres potencias guerreras, todas ellas dictadoras, todas ellas inclinadas a apoderarse de territorios, todas ellas dispuestas siempre a arrojar los tratados firmados al cesto de los papeles, junto con sus promesas anti-guerreras...

So pretexto de que están empujados en guerra conjunta contra el comunismo

¡Esto, naturalmente, es todo hipocresía! Los proyectos de los diplomáticos están aún más afilados que los sables del Samurai. Los diplomáticos pueden hallar una coartada para todo.

China no es comunista. En China hay algunos comunistas, como en la mayoría de los países. Pero el Gobierno chino ha combatido francamente a los comunistas. Sin embargo, cualquier palo diplomático es bueno para pegar a un perro.

El Japón quiere territorio chino, y por ello tiende la cortina de humo del comunismo.

Italia quiere dominar a España, y mantiene una pretensión doble; en primer lugar dice que interviene en España para combatir al comunismo, y después que cree firmemente en la no intervención.

Si duda, Alemania, si se decide a dar el golpe en busca del botín de ese pedazo de Ucrania, en el que hace tiempo Hitler tiene puestos los ojos, también luchará en defensa propia y «contra el comunismo».

¿Duce no pudo hacer la guerra en Abisinia para «combatir el comunismo»? Ni siquiera los italianos se lo hubieran tragado; por lo tanto, la hizo en nombre de la «civilización».

En resumen: toda guerra se hace tras una muralla de pretextos; toda agresión se endulza con el idealismo de una u otra clase.

Sin embargo, en el fondo de la alianza italo-alemano-japonesa, hay dos motivos verdaderos:

Uno, el afán de territorio; Otro, la expansión del fascismo. Si el simulado odio al comunismo es una de las características de

las potencias fascistas, el odio real a la democracia es otra.

Si los dictadores consiguen lo que quieren, el mundo estará pronto dividido en dos campos: fascistas y antifascistas. Y entonces los fascistas tacharán a todos los antifascistas de comunistas, como nuevo pretexto para cubrir sus planes.

La nota de Mussolini al Japón dice que está justificado cuanto haga en nombre de la lucha contra el comunismo.

La advertencia de que Italia firmó el Pacto de los Nueve, sólo produce desdén.

Estos pretextos son transparentes. Cabe preguntar, si no engañan al mundo, ¿por qué se molestan los dictadores en manifestarlos?

Pero la verdad es que estos pretextos engañan a algunas personas.

Engañan a los ciudadanos de los países fascistas

Los pretextos de Italia engañan a casi todos los italianos. Los de Alemania, a los alemanes. Los del Japón, a los japoneses.

Esos pueblos están militarizados, no sólo en cuerpo, sino en espíritu. Estando intervenidas por el Estado la radio, la prensa y las comunicaciones de todas clases, no pueden saber nada más que lo que las autoridades quieren que sepan. Y como cada uno de esos pueblos, normalmente, preferiría la paz a la guerra, los dictadores tienen que justificar sus guerras declarando que defienden una causa sagrada, encubriendo sus agresiones con el pretexto de la moralidad.

El Gobierno japonés puede pensar que no «comprendemos». Comprendemos demasiado bien.

El fascismo se alimenta de la vieja codicia de la dominación del mundo. El Japón bate el record de la crueldad. Y esta crueldad, por su misma desesperación, traiciona su falso fundamento, los «miedos» podridos de la filosofía fascista y del fascismo militarista.

La capa del pretexto no oculta la espada de la agresión.

La matanza no es discutible.

(«La Stampa Libera», 13-X-1937.)

¿Se enterarán en Londres?... ROMA.

— Ayer fué publicada la lista de los «voluntarios» italianos muertos en España y que serán condecorados mañana a título póstumo en la ceremonia que se celebrará en presencia de Mussolini ante la tumba del soldado desconocido.

En esta lista de «condecorados» figuran un capellán, cuatro «galanes», tres coroneles, un comandante y numerosos oficiales subalternos. —Fabra.

A los lectores alemanes no les interesa la Prensa que tiene que escribir al dictado de Goebbels

Sólo en un año han dejado de publicarse 54 periódicos en Alemania

PARIS, 28.— En los periódicos alemanes se ha publicado el discurso que en el Congreso de Nuremberg pronunció el señor Amann, jefe de la Prensa del Reich. Dijo en él que en la primavera de 1937 la tirada total de los diarios alemanes había alcanzado la cifra de 16,65 millones, frente a los 14,9 millones que fué la del verano de 1934.

Estas cifras no concuerdan con lo que son en realidad. Hace un año, el señor Amann declaró que la tirada total de los diarios alemanes había alcanzado en la primavera de 1936 la cifra de 19,7 millones. La realidad, se ha podido comprobar, es una disminución considerable en relación con el año precedente,

y el aumento señalado por el jefe de Prensa es debido a una hábil comparación con el mínimo registrado en el verano de 1934.

En 1936, Amann declaró que el número de diarios había disminuido, desde el advenimiento al poder del nacionalsocialismo, de 3.250 a 2.300, cifra registrada en 1936; y en el discurso de este año ha indicado que el número total de diarios alemanes era de 2.246.

Han desaparecido, pues, en un año cincuenta y cuatro diarios, y por conducto más veraz que el oficial se sabe que la tirada total de la Prensa alemana ha sufrido una baja de tres millones de ejemplares diarios. (N. D. A.)

La Iglesia católica y los regímenes totalitarios

Se pide una aclaración al "Osservatore Romano"

Recibimos de uno de nuestros lectores, católico practicante, la siguiente carta abierta:

«Señor Director del «Osservatore Romano».

Ciudad del Vaticano.

A veces, nos preguntamos cuál es en realidad la doctrina política de la Iglesia católica ante los innumerosos problemas del día. Los teólogos afirman que la Iglesia tiene respuesta para todo problema que se plante a la Ciudad del Vaticano. En efecto, en las Encíclicas, en los documentos de los Papas y en los Obispos hallamos el pensamiento del catolicismo. Hemos de reconocer que este pensamiento es, a veces, un motivo de satisfacción para aquellos que no viven en el seno de la Iglesia. También nos complacemos en reconocer que nosotros, los demócratas socialistas, nos enteramos con satisfacción de las posiciones sociales de León XIII, del antimilitarismo de Benedicto XV y de los textos de Pío XI contra las fechorías del capitalismo, del nacionalismo y de los regímenes totalitarios. Acogimos, asimismo, con satisfacción, la siguiente declaración contenida en la carta de Navidad de 1936 de los obispos belgas: «Desaprobamos formalmente las tendencias a una u otra forma de régimen totalitario o dictatorial. No esperamos de ellas nada bueno para la Iglesia católica en Bélgica.»

Parece indudable que la Iglesia está en contra de los regímenes totalitarios, de sus teorías y de sus métodos. ¿No lo escribió recientemente Pío XI, en los términos más energéticos, en su Encíclica contra el nacionalsocialismo? Y en la Encíclica «non habiamo bisogno especialmente dedicada al fascismo italiano, ¿no declaró que el fascismo es un partido, un régimen basado en la ideología, que, explícitamente, se resuelve en una verdadera idolatría pagana, en constante conflicto, tanto con los derechos naturales de la familia como con los derechos sobrenaturales de la Iglesia? En ese mismo documento, el Papa condenó la obediencia ciega al duce, impuesta por el juramento fascista que obliga a «ejecutar sin discusión las órdenes que puedan ir contra toda verdad y contra toda justicia» y manda «servir con todas sus fuerzas, hasta con la sangre, la causa de una revolución que arranca a la Iglesia y a las almas la juventud y que incalcula a estas almas jóvenes el odio,

la violencia y la irreverencia sin excluir a la persona del Papa».

Las consecuencias inevitables de estas doctrinas no podían pasar inadvertidas a Pío XI, quien, como recordabais el otro día al aprobar en el «Osservatore Romano» las declaraciones de Roosevelt y de Chamberlain, tuvo palabras de indignación contra aquellos que quisieran llevar a la muerte, a la ruina, al exterminio, no sólo a su propia nación, sino a una gran parte de la humanidad. «Si alguien se atreviese a cometer este crimen horrendo —decía el Papa—, entonces, no tendríamos más remedio que dirigir, una vez más, a Dios, con el corazón profundamente entristecido, este fuego: Exterminad a las naciones que desean la guerra.»

El pensamiento de la Iglesia es claro. Pero asistimos, a veces, a manifestaciones bastante inquietantes que nos hacen pensar en ese «catolicismo ondulante», de que hace poco habló Mussolini. He aquí una bastante reciente.

Camino de Addis-Abeba, adonde se dirigía para ocupar su puesto, el delegado apostólico de Etiopía, monseñor Castellani, dirigió a los militares que iban en el mismo barco un discurso sobre los deberes que les esperaban en el África oriental. Este discurso fué reproducido en sus partes esenciales por el «Avenire d'Italia», órgano oficial de la Acción Católica, si no me equivoco, el 2 de octubre. El delegado apostólico declaró al terminar:

«...De esta forma, habréis hecho una buena obra, habréis hecho ese bien que tanto agrada al corazón de N. S. Jesucristo; habréis honrado a nuestros muertos, habréis dado la paz a quienes, ciegos por la ignorancia, desviados por un falso ideal, cayeron combatiendo contra nosotros. Y todo esto os muestra que si el Imperio de Roma ha sido grande, aun más grande y más resplandeciente será el fundado por el duce, porque este imperio se basa en la ley de Cristo.»

Esto, señor Director, hemos de confesar que no lo entendemos. Pues si, en rigor, podemos comprender la actitud de algunas personalidades católicas italianas y la de algunos periódicos católicos italianos, en virtud del principio de «lealtad hacia el príncipe», y también porque a veces es preciso tener espíritu de mártir para adoptar ciertas actitudes (el valor, como ya sabéis, o se tiene o no se tiene; en todo caso, no se le puede inven-

¡BASTA DE TOLERANCIA Y DE CONCESIONES!

La tragedia que se desarrolla en España en medio de tantos horrores, proporciona, al menos, útiles lecciones a las democracias y a sus hombres. La sangre se derrama a chorros, es cierto, pero será fecunda para el porvenir de la humanidad, si los demócratas saben aprovechar las enseñanzas que da el análisis de los hechos dentro de su misma brutalidad.

Hay que tener el valor de decir que lo que ha perdido a la República española y a los demócratas de este país ha sido el exceso de tolerancia. No se puede ser tolerantes con quienes predicán la persecución, el odio, el exterminio de todo lo que no quiere someterse sin condiciones a su tutela y a su tiranía.

Con éstos, la tolerancia no es ya una virtud, es una culpa, una deserción, una traición, un pacto con el enemigo, un crimen.

Como hombres de corazón, tampoco pueden tas no deben poner nunca al mismo nivel a la víctima y al agresor, al poder legítimo y al de la fuerza, a los hombres leales y a los traidores, a las gentes honradas y a los piratas, a los que defienden su libertad y a los que hacen una guerra de invasión.

Como hombres de corazón tampoco pueden admitir en pago a su tolerancia, virtud cívica, el bombardeo sistemático de poblaciones civiles, como Madrid, Valencia y Barcelona, y puertos abiertos sin objetivos militares. No pueden ver sin rebelarse indignados las terribles matanzas de las villas abiertas, tales como Durango, Amorebieta, Guernica, en donde perecieron millares de inocentes. Ello equivaldría a hacer suya la monstruosa teoría sobre las guerras que acaba de sacar a la luz la «Kultur» alemana:

«Ningún Estado —según el «Militar Wochenblatt», la más antigua revista militar alemana— está hoy en condiciones de renunciar al bombardeo de ciudades abiertas, sin comprometer el fin mismo de la guerra. Su bombardeo se justifica por el carácter de la guerra total.

«La guerra total no es ya una guerra entre ejércitos. Realizase entre pueblos y abarca no sólo las fuerzas militares, sino la economía y la población civil. La guerra de pueblo a pueblo, debe tomar la forma de una guerra económica. La cual no se contenta con privar de ejércitos al campo contrario, sino que amenaza con el hambre y la miseria a la población civil del adversario, sin tener en cuenta su edad ni su sexo. El fundamento de esta guerra es el nivel elevado de nuestra civilización.»

Con estas teorías, se comprenden más fácilmente las atrocidades de los fascistas de todos los países contra la pacífica población española.

Allí donde los rebeldes se han apoderado del poder y de la fuerza, se organizó inmediatamente la caza de los militantes republicanos,

«¡Sigamos el ejemplo de los madrileños!»

SHANGHAI.— El «Kuomintang», de Shanghai, ha publicado la siguiente proclama:

«Continuemos la lucha sin dejarnos quebrantar por reveses pasajeros. Sigamos el ejemplo de los madrileños, atacados desde hace un año, que no sólo no piensan en abandonar el combate, sino que ayudan con todos sus medios a los defensores de la ciudad. La lucha será larga y penosa, pero, finalmente, venceremos.»—*Fabra*.

(«Adelante». Valencia.-29-X-37.)

El que recibirá las bofetadas Queipo de Llano, ministro de la Guerra de Franco

PARIS, 30.— La Agencia Radio publica una información de Salamanca en la cual se dice que Franco formará un nuevo «Gobierno» en los primeros días de noviembre. Queipo de Llano será nombrado ministro de la Guerra y el carlista Baut ministro de Economía. — *Fabra*.

(«El Pueblo», Valencia, 31-X-37.)

pues las órdenes eran de no dejar ni uno sólo con vida

En la provincia de Avila fueron asesinados el profesor y diputado Alonso Zapata, el funcionario de telégrafos Muro y el profesor Martínez. Antes de matar a Alonso Zapata, se asesinó ante él a su mujer y a sus hijos. En Badajoz fueron asesinados todos los militantes conocidos.

Podríamos citar muchos más hechos

El general Queipo de Llano llegó a Huelva la víspera del levantamiento; era entonces jefe de Carabineros de la República. Este general, que, poco después había de ser uno de los más encarnizados verdugos del pueblo, era ya sospechoso de tener concomitancias con la rebelión. Como se le detuviera, hizo toda clase de protestas de fidelidad a la República. Reprobó a los rebeldes y se ofreció para combatir en favor del Gobierno. Se dió crédito a su palabra y se le dejó en libertad. Pocos días después, fué él quien organizó la matanza espantosa de todos los hombres de izquierdas en Huelva, Ríotinto, Ayamonte, Sevilla, Isla Cristina, Carmoña, Jerez de la Frontera, Ecija, La Campana, Cádiz, San Fernando, Puerto de Santa María, San Roque, Puerto Real y en todos los demás pueblos sometidos a su mando. Se calcula en más de 15.000 el número de sus víctimas.

Tal fué la obra de este odioso borracho después de haberse beneficiado con la tolerancia de la República española.

Después de esto, los demócratas de los demás países deben comprender que serían tratados despiadadamente, como lo han sido los españoles, si, por desgracia, el fascismo llegase a dominar en su país, pues este temible enemigo de la civilización no atacó solamente a los demócratas de un solo país, sino a la democracia universal.

La democracia francesa debe actuar lo antes posible para:

Poner fin en la guerra española a todos los actos de vandalismo que son la vengüenza de nuestra civilización europea.

Devolver sus derechos legítimos al Gobierno legal de España para que pueda abastecerse libremente y defenderse contra los facciosos y sus invasores.

Obligar a la S. de N. a que cumpla con todos sus deberes respecto al Gobierno español, víctima de una agresión y de una invasión de su territorio.

Disolver el Comité de No Intervención.

Retirar a todos los jefes, a todos los oficiales y a todos los soldados extranjeros, incluso a los moros, que luchan en España.

Y también, en nuestro país, en Francia y en Marruecos, prevenir a cuantos luchan contra la democracia española, que pueden ser castigados con la extradición al menor ataque contra la democracia francesa.

(«La Dépêche de Fes», 23-X-937.)

La buena literatura de Thomas Mann es un artículo prohibido en Berlín

Y los que la lean pueden ir --y van-- a la cárcel

PARIS, 28.— Según noticias recibidas de Berlín, el periódico ilegal «Rote Fahne», tan perseguido por los nazis, dice en su último número que han sido detenidos en Berlín-Moabit algunos obreros, a los que se acusa de haber difundido un folleto, que se editó en Suiza, con las cartas cruzadas entre el escritor Thomas Mann y el decano de la Facultad de Letras de la Universidad de Bonn.

Añade el periódico que el folleto circula profusamente en Alemania, se transmite clandestinamente, se copia y está siendo muy discutido. (N. D. A.)

Las informaciones que publica este BOLETIN responden siempre a la veracidad más estricta

Hay que seguir las rectas palabras de Roosevelt, dice el profesor Bayet

El ímpetu bélico del fascismo se atreve a todo, en tanto que el espíritu de la paz encarnado por las democracias occidentales no se atreve a nada

El diputado, periodista y profesor Albert Bayet, escribe en «La Defense», de París:

«El manifiesto dirigido al mundo por el Presidente Roosevelt, ha sido para todos los hombres libres, un alivio y un consuelo. Sí, este llamamiento, claro y vibrante, hallará eco en el corazón de los pueblos, porque el espectáculo que, desde hace algún tiempo, se ofrece a nuestros ojos, es descorazonador.

Primero, se le permite al dictador italiano aplastar al pueblo etíope. Los aviadores del duce acechan la hora en que las mujeres y los niños se aglomeran en los mercados, y, friamente, cobardemente, lanzan sobre ellos gases asfixiantes y bombas incendiarias.

El mundo lo tolera.

Después se permite al mismo dictador italiano y a su cómplice Hitler atacar al pueblo español. En Madrid, bombardeado, caen las víctimas a centenares; después, a millares. En Badajoz, en Salamanca, los desalmados fusilan, incendian, torturan. En Guernica, los aviones con la cruz gamada ametrallan a las madres que tratan de sacar de los escombros los cuerpos de sus hijos.

El mundo lo tolera.

Finalmente, se permite que el Japón, apoyado por los Estados fas-

cistas, ataque al pueblo chino. Sin poder alegar ni la sombra de un motivo de orden militar, la aviación japonesa bombardea las ciudades y transforma las calles en osarios.

El mundo lo tolera.

¡Oh!, sí, después de cada crimen, hay protestas; pero son tan discretas, tan embarazosas, tan tímidas, que se pierden en el ruido de los bombardeos.

¡Tengamos cuidado!

¡Seamos prudentes! ¡No vayamos a ofender a los verdugos! ¡Tratemos con miramiento a los asesinos! Y el mundo, estupefacto, pregunta si está asistiendo a un desmoronamiento de la moral humana, si en lo sucesivo será el crimen el que tendrá derecho a hablar alto, si el Derecho y la Justicia desempeñan el papel de culpables. Y es tal el triunfo de la locura, que aquellos que dejan que se aplaste a los pueblos, que las bombas destruyan a mujeres, niños, ancianos, y heridos, declaren que han «salvado a la paz!»

En tal estado de abandono y de cobardía, la voz del Presidente Roosevelt, se ha elevado y ha hecho oír a los pueblos las palabras que la conciencia universal esperaba.

Para Roosevelt, el crimen es el crimen, la ignominia es la ignomi-

nia, y contra el fascismo de las manos ensangrentadas, los pueblos deben formar un bloque compacto.

¡Ojalá se atienda este llamamiento! ¡Ojalá dé fuerza y valor a los que se han sometido!

Porque, en fin, es inútil que se trate de repetir ante las víctimas, la actitud de Poncio Pilatos; tenemos sobre la conciencia la carnicería de esos cientos de millares de inocentes que debimos, que pudimos salvar, y que han muerto porque la belicoidad se atreve a todo, mientras que el pacifismo no se atreve a nada.

¡Esperaremos para despertarnos a que el peligro se cierna sobre nuestras cabezas, a que caigan nuestras mujeres y nuestros hijos? ¿Vamos a dejar que llegue la muerte sin un ademán para evitarla?

El remedio está ahí, al alcance de nuestras manos: es el que indica Roosevelt, la unión del noventa por ciento de los hombres que quieren la paz. ¡Que recobren el valor! Que impongan a todo agresor sanciones económicas reales y eficaces. Que le nieguen el hierro, el petróleo, el dinero y el crédito. Este es el único medio de evitar la suprema catástrofe: estamos en la hora precisa en que la blandura, al prolongarse, llegaría a ser complicidad.

En algunas fábricas de armas de Alemania desaparecen los planos más importantes

Hasta ahora, todos los trabajos de la Gestapo han sido infructuosos

Londres, 28.—Comunican de Hannover a los periódicos que en una de las más grandes empresas de la industria metalúrgica de aquella población, la Hanomag, que se dedica preferentemente a la fabricación de armas, se han practicado quince detenciones entre los obreros y empleados por haber desaparecido interesantes planos que se guardaban celosamente.

Algunos funcionarios de la Gestapo enviados a los talleres practican diligencias y toman declaraciones a los obreros.

En los centros nazis de Berlín por esto gran inquietud, se teme que en las fábricas existan espías, y M. Himmler, jefe de la Policía del Reich, ha anunciado envío de una sección de sus destacamentos de Policía destinados a servicios especiales a dicha empresa de Hannover.

En estos mismos centros se acuerda que no hace mucho fué enviado uno de estos destacamentos a los astilleros Deschimag, de Bremerhaven. (N. D. A.)

Las tropas republicanas causan la admiración del corresponsal de «Ce Soir»

PARIS, 30.—El enviado especial en España de «Ce Soir», Mathieu Corman, publica una larga correspondencia de Quinto, en la que habla, después de un combate en el frente de Aragón, del valor y de la magnífica organización del Ejército republicano español.

«Los soldados republicanos españoles, dice el corresponsal, pueden ahora resistir a cualquier ejército.»

Egipto rompe sus relaciones postales con los rebeldes españoles

EL CAIRO, 30.—La Administración general de Correos de Egipto ha comunicado oficialmente al ministro de Negocios Extranjeros que a partir del 8 de agosto de este mes, han sido suspendidas por dicha Administración sus relaciones postales con la España rebelde, que solamente la República española mantiene los servicios oficiales de Correos con el Estado egipcio.

Diez años de fascismo totalitario en Italia

Del libro del mismo título, original de Silvio Trentin

(Continuación)

de el momento en que la ley confió a los sindicatos fascistas la misión de agrupar obligatoriamente a cada categoría de productos, dirigir la colocación de la mano de obra y regular las condiciones de trabajo, era inevitable que el ciudadano no fascista se hallase, ipso facto, clasificado expresamente entre los parias, y obligado, como tal, a vivir al margen de la ley, cuya protección le estaba prohibido, en toda circunstancia, invocar. No hay que olvidar, por último, que el legislador de la Italia de Mussolini —siempre previsora—, tuvo buen cuidado de estipular que las autorizaciones de la policía cuya concesión condiciona el ejercicio de toda una serie, casi infinita, de actividades profesionales, no podían entregarse más que a los ciudadanos situados, por su conducta política, por encima de toda sospecha.

La selección de los puros, pudo, pues, hacerse de una manera casi automática para el saneamiento de toda actividad referente al arte del cine, sin necesidad de recurrir a medidas excepcionales. En un santiamén, todos los Estudios, así como las empresas que dirigían la explotación, fueron obligados a hacer un censo de su personal para facilitar la eliminación de todos aquellos que no estuviesen en situación de enarbolar, con título legítimo, la enseña de los lictores. Sin embargo, eso no podía ser suficiente para asegurar que el cine pudiese llenar la grandiosa misión —excitadora de los más bajos instintos gregarios y anestésica a la vez de toda aspiración a la originalidad— que le pertenece en régimen totalitario. Para lograr este fin, precisaba garantizar al partido, al mismo tiempo que el monopolio efectivo de la producción artística, el dominio íntegro de las fuerzas económicas a las cuales ofrece éste fructuosas inversiones de capital.

Este programa, lo realizó el fascismo en dos tiempos. Primeramente, se limitó a crear el instrumento técnico para la captación de la verdad oficial, concentrando todos sus esfuerzos en la organización del Instituto fascista de cinematografía, verdadera fábrica para la confección en serie de los diferentes modelos, a los cuales tiene que sujetarse únicamente, en todos los momentos de su vida, el italiano de hoy. Las películas del Instituto, no hace

falta decirlo, viéronse en seguida erigidas, por decirlo así, en patrones de valor para uso de las comisiones a las cuales se confió el ejercicio de la censura previa de toda obra destinada a la proyección dentro del territorio del Estado.

La autoridad impuso, a título oneroso, como es natural, y en virtud de las disposiciones de la ley, a toda sala de espectáculos las películas

...de educación cívica, de propaganda nacional y de cultura general.

En segundo lugar, el partido, por intermedio del Instituto y a expensas del Estado, se instaló como copartícipe de derecho, en la dirección de todo negocio concerniente a la cinematografía, a fin de lograr que la conversión al fascismo de las imágenes implicase también la de los beneficios.

Hoy, después de diez años de entrenamiento enérgico, el público italiano no parece haber decepcionado, por su reacciones de mando, las esperanzas que pusieron sus monitores benévolos en sus métodos draconianos de educación. El espectáculo que sorprende al viajero extranjero cuando se pierde, durante sus exploraciones por la península en un cinematógrafo, es siempre el mismo y reviste en todas partes el mismo carácter edificante: en Roma, en Sicilia, en Venecia, en Toscana, en el Piamonte y en Milán. En la pantalla, visiones alucinantes de prestigio, de fuerza, de grandeza, atributos auténticos del genio italiano —que encuadran las siluetas austeras, sobrehumanas, del duce y de los miembros de su areópago. En la orquesta, en los palcos y en el gallinero, manifestaciones ruidosas de entusiasmo y de reconocimiento a la destreza del fascismo, siempre que el reflector revela sus hazañas únicas. En el aire, los acordes armoniosos, embriagadores, de Giovinezza. Todo el mundo aplaude. Nadie se enfada. El extranjero está conquistado.

Y sin embargo...

Con no peor éxito y empleando procedimientos idénticos, el teatro y la Radio son también utilizados para el mismo fin de regeneración espiritual.

Para contribuir a la formación de una conciencia colectiva, imperialista y guerrera: conversión de la escuela al fascismo

De todas suertes, en el conjunto de medios técnicos que el fascismo ha puesto en ejecución para transformar a las masas por él sometidas en fuente inagotable de consentimientos plebiscitarios, el Cine, el Teatro y la Radio no figuran sino como elementos secundarios.

El instrumento cuyo empleo en la persecución de su sensato deseo desempeña un papel fundamental, es la escuela.

La reforma fascista referente a la organización de la enseñanza oficial fué, es cierto, discretamente preparada con los decretos legislativos del 6 de mayo de 1923 y de 1.º de octubre del mismo año, debidos a la iniciativa del ministro Gentile. Pero estas medidas que parecieron, a primera vista, según los comentarios de la prensa domesticada, como inspiradas en el afán objetivo de cortar la antigua discusión entre los partidarios del monopolio del Estado y del laicismo y los de la libertad de la enseñanza y la paridad absoluta de las escuelas libres (o sea, confesionales) con las Escuelas del Estado, mediante la restitución a la Iglesia católica de su prerrogativa irrevocable de proseguir en plena autonomía, aun en este dominio, su alta misión espiritual, no tuvieron en el fondo otro objeto que el de acaparar la gracia del Vaticano y romper con la oferta de un cebo de importancia, la reserva que mostraban, en ese momento, con respecto al partido fascista, ciertos centros católicos. Este deseo secreto fué, sin embargo, revelado muy ingenuamente por el decreto del 1.º de octubre, cuyas disposiciones restablecen —garantizándole de antemano la posibilidad de alcanzar su desarrollo más amplio— la antigua doctrina de la enseñanza religiosa obligatoria.

Basta recordar que en este texto legislativo se afirmó solemnemente el principio de *...que en la base y en la cima de la instrucción elemental en todos sus grados se destina un lugar para la enseñanza de la doctrina cristiana según la fórmula de la tradición católica;* principio que fué luego, minuciosamente aclarado por la circular ministerial del 11 de noviembre de 1923, la cual decía que *...la enseñanza religiosa debe adaptarse al espíritu que anima la obra religiosa de Alessandro Manzoni y debe desarrollarse partiendo de las oraciones más sencillas y de los breves cantos litúrgicos para acabar en el examen de los sacramentos y de los ritos según la PRAXIS católica y en la lectura de los grandes libros populares de educación de los clásicos italianos de la religión.*

Casi en la misma época y con su cuenta y razón, Mussolini, el ateo feroche de los meetings socialistas y libertarios, el redactor profesional de los más vulgares folletos anticlericales, el apóstol y propagandista del amor libre, se preocupó de pronto de procurarse de un hogar cristiano reuniendo a los miembros de su familia natural y de hacer consagrados por la bendición episcopal los lazos nuevamente atados así, por él.

Una vez logrado su fin de unir a su séquito las corrientes políticas del catolicismo italiano, el fascismo no esperaba sino una ocasión para quitarse la máscara y reanudar abiertamente, sobre todo en la

(Continuará)